



¿CÓMO SE ENSEÑA LA HISTORIA LOCAL?

Algunos apuntes sobre el problema de las escalas y lo local en la historia

Por **Bárbara Caletti Garciadiego**



Bárbara Caletti es Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como docente auxiliar de Historia Argentina I en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos y ha conformado distintos proyectos de investigación colectivos. En la actualidad, está realizando una investigación sobre el proceso revolucionario en la cuenca del Río Uruguay gracias a una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Argentina.

Desde chicos, hemos aprendido que las invasiones inglesas fueron derrotadas en el primer cuadrante de la ciudad de Buenos Aires y que Belgrano izó por primera vez la bandera albiceleste en las barrancas del río Paraná a la altura de Rosario. Sabemos también que el Ejército organizado por San Martín para cruzar los Andes y llevar adelante su gesta libertadora se forjó en Mendoza; mientras que en el norte Güemes y sus gauchos infernales impedían el éxito de las ofensivas realistas y que el Acta de Independencia se firmó en una simpática casita en San Miguel de Tucumán, razón por la cual aquella provincia es apelada como “el jardín de la República”. De esta manera, la enseñanza escolar buscaba enhebrar a lo largo del calendario y la currícula no solo a los próceres más consagrados, sino algunos de los sitios asociados al relato histórico canónico.

El poco interés existente por reflexionar sobre el marco espacial en el que estos acontecimientos y procesos se desarrollaban no implicaba, en realidad, la ausencia de un preciso recorte que delineaba los límites de ese relato, a través de la inclusión de algunos eventos y la exclusión de otros. Así, pues, no se contaba en los actos escolares tradicionales que antes de desembarcar en las costas de Ensenada, la segunda expedición inglesa venía de tomar el fuerte de Montevideo, ni se conmemoraba la batalla de Ayacucho, último enfrentamiento contra el ejército realista en territorio americano. Tampoco se recono-

cía que la revolución de mayo de 1810 estaba lejos de haber conformado la “Primera Junta”, pues antes que la porteña ya habían irrumpido otras tres juntas de poder local en el Virreinato, y que incluso una de ellas -la Junta Tuitiva de La Paz, la más popular y antipeninsular de esos fallidos intentos-, había sido duramente reprimida por fuerzas enviadas desde la misma capital virreinal.

Estas omisiones no eran fortuitas. Por el contrario, se derivaban de una admisión acrítica del espacio nacional como escenario inmanente del desarrollo de los acontecimientos sin ningún tipo de problematización, dado que la historia solo adquiriría sentido en la medida en que narraba el pasado de la Nación. Esta representación cartográfica era agente mismo en la construcción de las tradiciones ideológicas que acompañaban cada Estado (Islas, 2011: 172). Era, en efecto, el corolario lógico de una concepción teleológica que postulaba la existencia de la Argentina y el sentimiento de pertenencia argentino (pero sucedía lo mismo en el caso de Uruguay) desde principios del siglo XIX, cometiendo “El anacronismo de poner en la cabeza y en el corazón de hombres de la primera mitad del siglo XIX las ideas y sentimientos de los del siglo XX” (Chiaramonte 2005: 31).

Como en pocas oportunidades, los recientes festejos del Bicentenario mostraron la vigencia de estas concepciones. Esto es en alguna medida comprensible, dado que la ritualidad conmemorativa es un terreno particularmente propicio para proponer imágenes idealizadas y naturalizadas sobre el pasado; pero además -y más fundamentalmente- porque la Nación sigue siendo hoy en día referencia obligada de todas las construcciones políticas modernas, por lo que nos cuesta mucho concebir un modelo de comunidad política legítima basada en otro principio.

Sin embargo, la retórica empleada a la hora de los homenajes permite vislumbrar la vigencia -subterránea pero efectiva- de los relatos canónicos de la independencia en el imaginario colectivo y cómo siguen impregnando el sentido común histórico. En efecto, pese a los cuantiosos aportes de la historiografía en las últimas décadas, el 9 de julio de 1816 sigue siendo concebido como el acta de nacimiento nacional, por lo que los 200 años de la Declaración de la Independencia fueron fácil y naturalmente asimilados con el cumpleaños número 200 de la República Argentina. Esta sólida convicción no parece ser erosionada por el señalamiento de un hecho incuestionable: dicha Acta de Independencia fue refrendada por los diputados altooperuanos, pero no así por las provincias del Litoral que no habían reconocido al Congreso Constituyente.

Desde esta perspectiva, la Historia -con mayúscula- solo podía ser aquella que diera cuenta del devenir nacional y por tanto, sus pretaciones tendían a ser unificadoras, generalizadoras y homogeneizantes. Concebidos además desde los espacios dominantes, estos relatos estaban básicamente centrados en la trayectoria bonaerense con ocasionales referencias al resto del país, por lo que, la historia nacional aparecía a menudo fusionada con la historia de Buenos Aires (Mata de López, 2003).

Cualquier reducción en la escala de análisis era vista como una crónica secundaria, desprovista no solo de épica, sino también de relevancia. En ese contexto, las memorias y relatos que recogían las experiencias locales -a menudo en manos de periodistas y aficionados lugareños- buscaban igualmente resaltar algún suceso con la pretensión de hacer un

aporte a una historia nacional. Sin embargo, en muy pocas ocasiones lograban trascender una crónica meramente anecdótica con fuerte espíritu parroquial, que no llegaba nunca a incidir en la macrohistoria.

En las páginas a continuación, intentaremos hacer algunas reflexiones en torno a las maneras en que se ha pensado la historia en relación a sus espacialidades, los lugares. Para ello, nos apoyaremos en un marco histórico preciso: el período de las guerras de independencias en la Cuenca del Río Uruguay. La intensa participación que tuvieron los pueblos ribereños de la margen occidental del Río Uruguay en el proyecto político liderado por José Gervasio Artigas¹ permite impugnar la concepción teleológica que aún hoy ejerce la asimilación de la insurrección oriental a la actual República Oriental del Uruguay. Pero además, a la luz de esta experiencia, es posible dar cuenta del potencial de la historia local, pues no solo proporciona un acercamiento pormenorizado y “a ras del suelo”, sino que además suministra indicios de cuestiones que de otra manera permanecen opacados.

La invisibilización de lo local en la historia nacional

Es sabido que a lo largo del siglo XIX y al calor de la progresiva profesionalización disciplinar, se hizo preciso fundar relatos históricos que cohesionaran a la población internamente, al mismo tiempo que justificaban la existencia de

1. Valga recordar que el proceso revolucionario de la Liga de los Pueblos Libres se caracterizó por proclamar una noción de soberanía cuestionadora de la jerarquía territorial colonial y por su peculiar impronta igualitarista con una potencial conflictividad social y étnica en sus filas.

un Estado soberano en el frente externo. Bajo la influencia del historicismo romántico y luego aún más por la explosión nacionalista finisecular, estos relatos se apoyaron en la generalización anacrónica del principio de nacionalidades para explicar la emergencia de nuevos estados independientes allí donde antes había dominios de la Corona Española. Como sintetiza Sara Mata de López “Se impuso así, casi simultáneamente con la Historia Científica la historia Nacional como el ‘objeto’ de la Historia” (Mata de López, 2003).

Desde estas perspectivas, el proceso de independencia era el resultado de un sentimiento de identidad colectivo que se habría formado durante el período colonial y habría manifestado contra el yugo español, vinculando así de modo indisociable la emergencia de un estado soberano a la idea de Nación. Al afirmar la preexistencia de la Nación para explicar los procesos de independencias, se cometía “El anacronismo de poner en la cabeza y en el corazón de hombres de la primera mitad del siglo XIX las ideas y sentimientos de los del siglo XX” (Chiaramonte 2005: 31). Esta matriz de pensamiento generó tal consenso que pasó a ser una profesión de fe, compartida por amplios sectores de la población y por todo el arco político.

Si el cuerpo político ‘Nación’ era condición previa a la vez que sentido de las luchas de emancipación, entonces el marco de análisis por excelencia de la investigación histórica debía ser el nacional. Por ello, las guerras de independencia hispanoamericanas fueron estudiadas no solo privilegiando los factores endógenos sino casi invariablemente dentro de las fronteras domésticas de cada país, proyectando los límites nacionales sobre un espacio que,

en realidad, era mucho más complejo, amplio e incierto.²

Muchos relatos de tinte nacionalista articulaban -paradojalmente- esta proyección de los contornos contemporáneos con la apreciación del Virreinato del Río de la Plata como una prefiguración de la posterior República Argentina. Este planteo se hallaba implícito en la afirmación -que todavía circula- de que “se perdieron” las actuales repúblicas de Bolivia, Paraguay y Uruguay, solo plausible si se considera que estaban “destinadas” a conformar un proyecto de país bajo el dominio político de Buenos Aires.

En la misma sintonía teleológica, la gran mayoría de los historiadores prestaba atención únicamente a aquellos hechos que retrospectivamente pudiesen ser leídos como germinación de planes de independencia de lo que después se convirtió en la Argentina, invisibilizando cualquier proyecto distinto del efectivamente triunfante. En este marco, experiencias como la artiguista eran desestimadas o, más aún, “extranjerizadas”. De hecho, a principios del siglo XIX el término “oriental” era, en realidad, usado como referencia política asociada al federalismo, trascendiendo los ambiguos y cambiantes parámetros geográficos (Frega, 2007: 319).

Hasta ese momento, la Banda Oriental podía incluir el territorio actualmente entrerriano en la medida en que podía considerarse la banda oriental del río Paraná, por lo que haya devenido en un gentilicio de los uruguayos es en parte fruto de estas concepciones historiográficas (Islas, 2011: 180).


En ese contexto, las historias provinciales aspiraban, simplemente, a reivindicar el papel jugado por cada provincia en la historia nacional (Devoto y Pagano, 2009: 58). En la historiografía del proceso revolucionario, esto se tradujo en una preocupación por destacar la contribución de cada espacio en el proceso revolucionario aun cuando ello implicara partir de premisas necesariamente teleológicas, pues cercenaban y delimitaban espacios que todavía no se habían constituido como provincias. Un ejemplo paradigmático de este tipo de enfoques es el de Facundo Arce, cuyos estudios sobre Entre Ríos en los albores de Mayo, resaltaban la temprana adhesión a la Junta de Buenos Aires sin dar cuenta de las ambivalencias y vacilaciones locales (Arce, 1960).

Desde hace más de un cuarto de siglo han habido distintos aportes historiográficos de historia política que contribuyeron a la deconstrucción de la matriz interpretativa nacional, al subrayar la unidad del proceso revolucionario hispanoamericano precipitado por la crisis de la corona Borbón en 1808. Gracias a los invaluable aportes de José Carlos Chiaramonte, además, se ha logrado deconstruir “el mito de origen”: la Nación, lejos de ser un punto de partida, era un resultado muy tardío de estos procesos emancipatorios.

Sin embargo, aún cuando actualmente los historiadores rechazan cualquier postulación teleológica de una Nación e identidades nacionales esencialistas, las viejas inercias se muestran más difíciles

2. Como ejemplo, puede verse la monumental *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva de 1930)* de Ricardo Levene, cuyo recorte espacial corresponde con los límites jurisdiccionales del estado soberano, como naturalmente dado.





 “... La historia local
 no solo proporciona
 un acercamiento
 pormenorizado y “a
 ras del suelo”, sino que
 además suministra
 indicios de cuestiones
 que de otra manera
 permanecen opacados...”

sustentable, y prescindente de factores exógenos”, considerando “los acontecimientos de Mayo desde una perspectiva subsidia-ria, como una ‘otredad’, lejana y necesaria para la definición de una identidad, la oriental” (San-són Corbo, 2010: 105).

Por otra parte, el río Uruguay era concebido como una frontera natural que auguraba la predeter-minación de un territorio homo-géneo predestinado a devenir en Nación, marcando así una fuerte división territorial entre colonia y república (Wilde, 2013: 106).

La historia regional y sus disyuntivas

La incorporación del concepto “región”, entendido no como los componentes físicos sino como una construcción histórica, tam-bién colaboró ampliamente a des-centrar a la Nación, permitiendo acercamientos más críticos res-pecto del espacio, del territorio. En un momento en que se aspiraba a la historia total, la región -usual-mente asociada con la espaciali-dad de una relación económica-se presentaba como una escala adecuada para superar las habi-tuales barreras del saber histórico (Fradkin, 2001: 119).

Los enfoques regionales tuvie-

de correr de lo que imaginamos. Así, pese a tomar como punto de partida la perspectiva de Chiaramonte (2005), la prefiguración terri-torial que asimila el movimiento artiguista con el estado República Oriental del Uruguay todavía ejerce un peso considerable. De hecho, la información e interpretaciones sobre este proceso siguen siendo mucho más abundantes y ricas para los territorios hoy uruguayos que para las actuales provincias argentinas o el actual sur de Brasil. Así, la mayoría de los estudiosos argentinos sigue omitiendo que algunos de los primeros pueblos que expresaron su adhesión a la Junta de Bue-nos Aires son hoy uruguayos, de la misma manera que conciben las juras de lealtad al Consejo de Regencia de Gualeguay, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay como mero fruto de la ‘invasión externa’ fidelista de Michelena (Caletti Garciadiego, 2016).

Y es que, en realidad, la mayoría han abordado el artiguismo solo “en el marco de investigaciones centradas en su historia nacional”, sin pensar el espacio históricamente tal como se articuló a principios del siglo XIX (Sánchez Gómez, 2007: 49). Así la concepción implícita que guiaba a los estudiosos argentinos era que la participación del Litoral dentro del proceso revolucionario oriental y la Liga de los Pueblos Libres fue una adhesión a un proyecto que venía de afuera y no como expresión política autónoma. Incluso no es infrecuente que los congresos académicos todavía confinen la experiencia de la Liga de los Pueblos Libres a los paneles dedicados a las “otras” experiencias hispanoamericanas.

Los historiadores uruguayos no son menos culpables. Desde fines del siglo XIX, la figura de Artigas se constituyó en símbolo y emble-ma de la nacionalidad uruguaya, siendo el único prócer aceptado por todo el arco ideológico y símbolo del ‘destino manifiesto’ del territorio uruguayo. En ese sentido, construyó “una narración localista, auto-

ron el gran mérito de arrojar luz sobre las tensiones entre la generalización y las singularidades, antes encubiertas tras las historias nacionales homogéneas, a la vez que habilitaron una práctica historiográfica menos hegemonizada por Buenos Aires. Además, el reconocimiento de la historicidad del espacio permitía proponer recortes espaciales que rompieran con los marcos políticos tanto nacionales como provinciales, ya que “Como región histórica, preexistente al Estado nacional, el pasado adquiriría densidad explicativa que no estaba contemplada en la historia nacional y en su pasado glorioso” (Carbonari, 2009: 22).

Empero, los enfoques regionales no estaban exentos de dificultades. En primer lugar, porque reproducían y multiplicaban los mismos tipos de problemas que tenía la historia nacional, aunque en una escala más reducida. La imposición de un recorte territorial posterior al proceso histórico, la correcta delimitación de la unidad de análisis y su condición inherente o no a la mirada del historiador aparecían como inquietudes pocas veces resueltas. Al abocarse al estudio del Litoral, el NOA o la Patagonia, en una típica operación genealógica, muchos historiadores hicieron coincidir sus recortes territoriales con las regiones político-administrativas prevalecientes desde el siglo XX, sin pensar el espacio en función del período estudiado o sus diferencias internas (Barriera, 2006: 23).³

En segundo lugar, porque la misma elasticidad del concepto

“región” permitió que se aplicara por igual a áreas en el interior de provincias, a varias provincias como también a regiones supranacionales, e incluso, en muchos casos, respetando los límites político-administrativos. Por supuesto que cualquier delimitación territorial es en algún punto arbitraria, pero como agudamente advirtió Eric Van Young en 1987, parte del problema epistemológico derivaba de que la mayoría de las investigaciones históricas no especificaban qué entendían por región y evadían cualquier definición teórica metodológica, lo que implicaba de alguna manera “anteponer el carro al caballo” (Van Young, 1987). Así por ejemplo, según Guillermo Wilde “Incluso una importante cantidad de trabajos sobre la historia rural del Río de la Plata ha tendido a provincializar procesos muy dinámicos de actores y población parcelando el análisis de los circuitos más amplios” (Wilde, 2003: 107).

Por último, porque gran parte de las investigaciones se limitaban a la observación de casos en pos de explicar *in situ* procesos macroteóricos, por lo que “la región asumía la perspectiva de ser un mero ejemplo de la totalidad” (Carbonari, 2009: 26). Por ello, tampoco lograban resolver la relación entre las condiciones generales y lo particular, ni mucho menos escapar a los mismos parámetros de las historias nacionales e incluso provinciales.

A partir de la crisis de los grandes paradigmas y el paulatino abandono de los enfoques cuantitativos, se produjo un nuevo desplazamiento de la mirada científica. En este viraje epistémico, la perspectiva local se posicionó como una herramienta particularmente útil en tanto que permitía dar cuenta de las singularidades y la diversidad. Contra los sistemas, modelos y estructuras, empezó a privilegiarse la historia de los pueblos, comarcas o parroquias.

Si bien no debe confundirse con la perspectiva microhistórica italiana que invitaba al método indiciario y una explotación intensiva de las fuentes, los estudios locales se articulan muy adecuadamente con la revaloración de los enfoques cualitativos, las perspectivas antropológicas, el retorno de los sujetos y las ópticas “a ras del suelo” que empezaron a estar en auge a partir de entonces (Bragoni, 1998; Barriera, 2006).

Pero a diferencia de las tradicionales crónicas “localistas” cuyo único interés era posicionar su pequeña comarca en un macro-relato nacional, los renovados acercamientos micro son compatibles con historias más globales y amplias hoy en boga, a la vez que permiten superar la segmentación existente entre regiones demasiado implantadas (pero no siempre planteadas como “hipótesis a demostrar”, como diría Van Young).

Por ello, han demostrado ser “un valioso procedimiento para mejorar nuestra comprensión para la complejidad de los contextos sociales en los cuales los individuos realizan su propia experiencia” (Bragoni, 1998: 139). Al cuestionar los conceptos tradicionales de territorialidad, estos enfoques permiten poner en tela de juicio las lecturas etnocéntricas, unilaterales y teleológicas. En ese sentido, la nueva historia local se propone construir “una historia en términos más matizados, que pueda poner en suspenso algunas de las verdades más recurrentes y no contrastadas de la historia nacional, pero sin perder de vista el contexto sin el cual las visiones restringidas pierden significado” (Bandieri, 2001: 103).

3. Esta tendencia ha empezado a revertirse en los últimos tiempos, de la mano de los trabajos de Roberto Schmit, Julio Djenderjian y María Elena Barral centrados en el suroriente entrerriano.



“... La mayoría de los estudiosos argentinos sigue omitiendo que algunos de los primeros pueblos que expresaron su adhesión a la Primera Junta de Buenos Aires son hoy uruguayos...”

¿Solo un problema de escalas?

Ciertamente no hay una única receta mágica y los cientistas sociales deben escoger un nivel de análisis adecuado para la pregunta que están queriendo responder. Sin embargo, hay un relativo consenso en que las aproximaciones locales permiten analizar fenómenos que, de otro modo, serían opacos, a la vez que advertir la espacialidad. Y sobre todo subrayar que se trataba de una coyuntura en que “la multiplicidad de alianzas y ordenamientos territoriales posibles es la condición de la indefinición de los límites entre los distintos Estados a constituirse en la región” (Islas, 2011: 171).

Al indagar las localidades de la ribera occidental de la cuenca del Uruguay vemos que estaban en continuo contacto con la otra orilla. De hecho, como se aprecia en el mapa, las reducciones misioneras del Uruguay volcaban su jurisdicción hasta bien entrado el territorio oriental donde tenían sus estancias de ganado. En el caso de Yapeyú, esta había articulado además un corredor sobre el río, a partir de la constitución de postas y capillas a poca distancia que llegaba a Paysandú.

Esto no debe llamarnos la atención pues en realidad ambas riberas formaban parte de un mismo espacio. En el área rioplatense colonial, el espacio se había organizado y configurado en torno a los cursos fluviales, que eran una vía de comunicación y circulación que acercaba a la población de ambas márgenes.

Si bien se asistirá progresivamente a una fragmentación espacial en la medida en que se vayan conformando paulatinamente las nue-

vas jurisdicciones e identidades territoriales, hasta hubo notables márgenes de incertidumbre como lo muestra la Liga Federal, pero también la breve experiencia de la República de Entre Ríos.

Poniendo nuevamente el foco en el pueblo de Yapeyú, salta a la luz asimismo que el espacio misionero había sido disputado por diversos centros de autoridad supralocal, pero tras la expulsión jesuita no conformaba parte de ninguna otra jurisdicción que la intendencia de Buenos Aires. Lejos de conformar, naturalmente, la jurisdicción de la ciudad de Corrientes, Yapeyú llegó incluso a rivalizar fuertemente con aquel Cabildo, compitiendo por los recursos e incluso enfrentándose judicialmente. E incluso después de derrotada la insurgencia artiguista en la que los indios misioneros participaron tan intensamente, Corrientes logró recién anexar estos territorios -que ambicionaba desde, por lo menos 1768- en 1827, seis años después de lograr constituirse como provincia.

Por último, pero no por ello menos importante, una exploración local es óptima para desentrañar

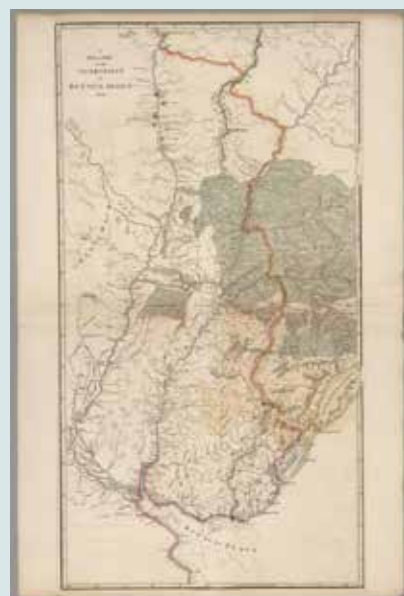
“... La incorporación del concepto “región”, entendido no como los componentes físicos sino como una construcción histórica, también colaboró ampliamente a descentrar a la Nación, permitiendo acercamientos más críticos respecto de lo local...”



Extracto del Mapa de las estancias misioneras según el padre Cardiel (Moraes, 2007).



Archivo General de la Nación, Mapoteca, 256.



“A Map of Part of the Viceroyalty of Buenos Ayres 1806 by A. Arrowsmith”. Disponible en la David Rumsey Map Collection <http://www.davidrumsey.com/>



Extracto del río Uruguay, en el Mapa de las Misiones de la Compañía de Jesús por el Padre José Quiroga (1749).

las redes y disputas locales de poder, a partir de la reconstrucción de las experiencias “a ras del suelo”. En ese sentido, es una estrategia privilegiada para una aproximación a la historia “desde abajo”, que problematice y de cuenta de la agencia de los sectores subalternos.

En definitiva, hemos tratado de mostrar las enormes potencialidades de los enfoques locales a la hora de aportar de nuevos interrogantes o iluminar vías de exploración histórica menos anacrónicas. Una manera de incluir esta perspectiva en la currícula escolar que escape a las meras aspiraciones localistas de resaltar el hombre célebre local, es a través de la cartografía histórica. Si las historias nacionales -pero también las provinciales- cosificaron los contornos al naturalizar los límites actuales bajo el manto de “fronteras naturales”, los mapas de época son una gran herramienta que nos permite devolverle historicidad al territorio. Al deconstruir y desnaturalizar la organización del espacio, permiten que emerjan nuevas preguntas y se establezcan relaciones antes desestimadas. •



Bibliografía

- Arce, F. (1960), *Entre Ríos en los albores de la Revolución de mayo*, Museo Histórico de Entre Ríos 'Martiniano Leguizamón', Paraná, Brest y Viñas.
- Bandieri, S. (2001), "La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o cómo contribuir a una Historia Nacional más complejizada", en Fernández, S. y Della Corte, G. (comp.), *Lugares para la historia. Espacio, historia regional e historia local en los estudios contemporáneos*, Rosario, UNR, pp. 91-117.
- Barriera, D. (2006), "Escalas de observación y prácticas historiográficas. La construcción de horizontes alternativos de investigación", en *Homogeneidad, diferencia y exclusión en América: X Encuentro-Debate América Latina ayer y hoy*, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Bragoni, B. (1998), "Historiografía, microhistoria. Algunas consideraciones adicionales en torno a un tema recurrente", en *Cuyo: Anuario de filosofía argentina y americana*, N° 15, 135-148.
- Caletti Garciadiego, B. (2016), "1810 en la cuenca del Uruguay: Patriotas, insurgentes y enemigos en un territorio disputado", en *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pablo de Olavide de Sevilla*, N° 4, en prensa.
- Carbonari, M. (2009), "De cómo explicar la región sin perderse en el intento. Repasando y repensando la Historia regional", en *História Unisinos*, vol. 13, N° 1, São Leopoldo, pp. 19-34.
- Chiaramonti, J. (2005), "Nación y Nacionalidad en la historia argentina del siglo XIX", en Nun, J. (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa- Secretaría de Cultura de la Presidencia, pp. 29-57.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2009), *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Fradkin, R. (2001), "Poder y conflicto social en el mundo rural: notas sobre las posibilidades de la historia regional", en Fernández, S. y Della Corte, G. (comp.), *Lugares para la historia. Espacio, historia regional e historia local en los estudios contemporáneos*, Rosario, UNR, pp. 119-135.
- Frega, A. (2007); *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- Islas, A. (2011), "Límites para un Estado. Notas controversiales sobre las lecturas nacionalistas de la Convención Preliminar de Paz de 1828", en Frega, A. (coord.), *Historia regional e independencia del Uruguay. Proceso histórico y revisión crítica de sus relatos*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, pp. 169-216.
- Mata De López, S. (2003), "Historia local, historia regional e historia nacional ¿Una historia posible?", en *Revista Escuela de historia*, 2 (1), N° 2, pp. 45-50. [Disponible en <http://www.unsa.edu.ar/histocat/revista/revista0203.htm>]
- Moraes, María Inés (2007); "Crecimiento del Litoral rioplatense colonial y decadencia de la economía misionera: un análisis desde la ganadería", en *Investigaciones de historia económica*, N° 9, Asociación Española de Historia Económica, pp. 11-44.
- Sánchez Gómez, J. (2007), "Y Uruguay" en Chust, M. y Serrano, J. A., *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid, AHILA-Iberoamérica-Vervuert, pp. 47-79.
- Sansón Corbo, T. (2010), "La revolución de Mayo de 1810 en la historiografía uruguaya de orientación nacionalista", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, La Plata, 10, 87-206.
- Van Young, E. (1987), "Haciendo Historia Regional: Consideraciones metodológicas y teóricas", en *Anuario IEHS*, N°2, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, pp. 255-281.
- Wilde, G. (2003), "Orden y ambigüedad en la formación territorial del Río de la Plata a fines del siglo XVIII", en *Horizontes Antropológicos*, 9, 19, pp. 105-135.